

FE  
O  
Y

*El arte no es producto exclusivo de una época ni de una sociedad, sino del espíritu humano mismo que dirige épocas y sociedades, y hacerle depender de éstas es someter lo superior a lo inferior. La obra artística que no resista a la desaparición de la época y sociedad en que apareció, no merece que como tal obra de arte se la considere.*

**Luis Cernuda**

Poesía y literatura I y II

Y

#### TAREAS

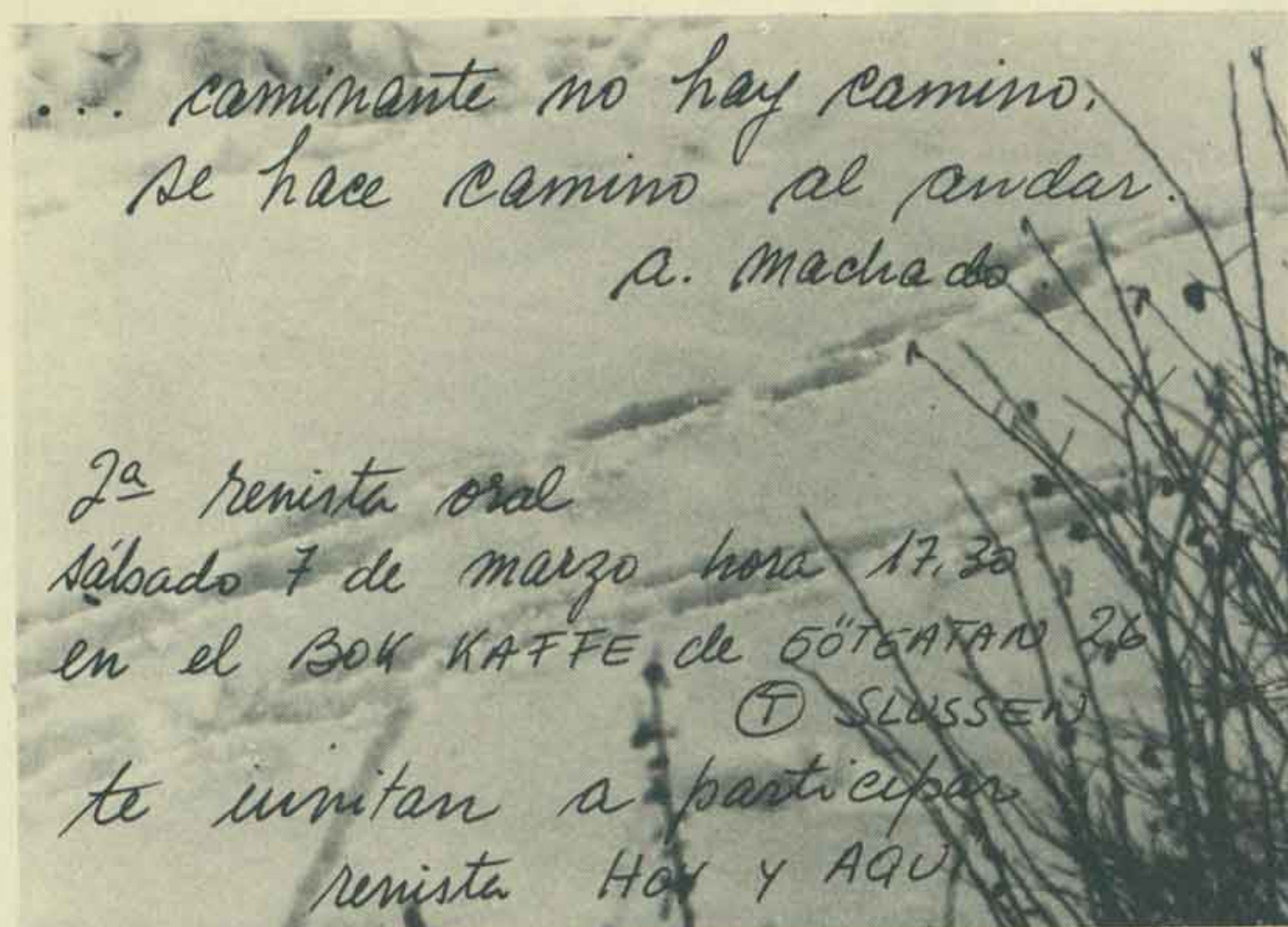
Hacernos cargo aquí también, de nuestras mañanas y de nuestras noches, de nuestros sueños y de nuestras palabras, de los caminos por construir, caminos que como casi todos, se van haciendo con dificultades e inevitables tropiezos. Pero estamos juntos apoyándonos fuerte por mantenernos al margen del Sistema, el mismo que tantas veces y con distintos rostros está dispuesto a "tender" una mano, a docilizarnos, a querer mantenernos solo rebaño.

Y aquí vamos, uno más con todos, luchando por crear espacios comunes para necesidades colectivas de recreación, de reavivación y toma definitiva de la vida, intentando cambiar desde el presente inmediato, los valores intrínsecos de este Sistema que ahoga y automatiza.

Hemos sobrevivido. Ello nos da fuerza para seguir.

A  
Q  
L  
I





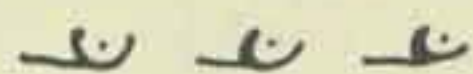
## SUMARIO

Aproximaciones	35
<b>Julio Fernández Baraibar</b>	
La primera nevada del invierno	37
<b>J. Carlos Piñeyro</b>	
Poemas	40
<b>Edgardo Mardones</b>	
Madame, la luna y otras yerbas diversas	42
<b>Sergio Infante</b>	
Poemas	44
<b>Luis Cernuda</b>	
Palabras antes de una lectura	46
<b>Ricardo González</b>	
Dibujo	48



### Colaboran en nuestro próximo número:

Ariel Fontes desde Växjö  
Armando Epple desde Oregón  
Edda Ferreira y Adrián Santini desde Estocolmo



### Libros recibidos:

*Después del Centauro* y *Oficio y Testimonio* de Adrián Santini.  
*Sobre Exilios* de Sergio Infante.  
*Cuentos en el Exilio* de Aymará.

### Otras Publicaciones:

Askatasuna, editada en el País Vasco  
La Bicicleta, editada en Santiago de Chile  
Literatura Chilena en el Exilio, publicación que nos llega de EEUU  
y Confluencia y el Diente Libre, revistas editadas en Estocolmo.

hoy y aquí

estocolmo 81



ana maría beaulieu, leonardo lobos, edgardo mardones y j. carlos piñeyro, integran el equipo responsable de esta publicación, que cuenta con el apoyo solidario de otros compañeros.

diagramación y diseño gráfico: ana maría beaulieu  
fotografía: leonardo lobos

Envíos, correspondencia: Ana María Beaulieu, Storholmsbackarna 88, 4 tr, 127 43 Skärholmen, Suecia. Giro Postal nro 98 57 10-3

## Aproximaciones

Queremos abrir este primer número del año, compartiendo algunas de las inquietudes que nos llevan a revisar y redefinir nuestra tarea periódicamente. Recordamos que a fines del '79, cuando comenzamos a pensar en la posibilidad de esta publicación, no teníamos ni muy claro ni muy bien definidos objetivos y formas concretas de la tarea que queríamos emprender.

Nos pusimos a andar un poco a tientas impulsados por el deseo de mostrar y compartir en el encuentro con otros, parte de nuestra existencia.

Y en el propio *hacer*, fuimos y continuamos definiéndonos.

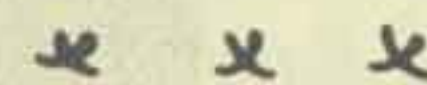


No quisiéramos que nuestro aporte quedara reducido a la plástica, la poesía o la narración impresa en estas páginas. Para nosotros es importante la forma en que producimos la Revista. La financiamos nosotros con el apoyo de los suscriptores y con lo obtenido por concepto de ventas. Participamos en todo el proceso de su producción: selección de manuscritos, ilustraciones, composición, armado tipográfico, confección de películas y copiado de chapas, impresión, compaginado y distribución. Y contamos siempre con la ayuda y el aliento de compañeros de trabajo y de amigos. Tareas y temas los resolvemos de común acuerdo. Aquí no caben "secretarías" ni "directores generales".

Nos sentimos comprometidos a dar lo mejor de nosotros para que los próximos números de Hoy y Aquí respondan a las expectativas de los suscriptores y compañeros que nos apoyan. Al mismo tiempo planeamos continuar en el correr del año, con las Revistas Orales como la ya realizada en Diciembre y la anunciada para los primeros días de Marzo. De esta manera cerraríamos una etapa (7 números de Hoy y Aquí, Revistas Orales) cuyo análisis crítico será útil para la definición de nuevas pautas y perspectivas en la tarea elegida.



Apuntamos hacia un intento por descubrir y desarrollar nuestra capacidad creativa, intento por desarrollar nuevas formas de relación y comunicación entre este *nosotros* doblemente exiliado. Pues como nos escribe desde Lima un compañero nacido en esas tierras: "Una de las características del exilio es estar confinado a la soledad, al desarraigo, a pertenecer a cosas y personas que en un principio no fueron elegidas, si bien con el tiempo y el trato esto puede variar. De algún modo todos somos exiliados, en la medida en que este mundo no nos pertenece, que no participamos en su gestión (se nos quiere negar este derecho vital) y porque pareciera hecho más que para seres humanos, para algún tipo de criatura ajena a nosotros, pétrea y enajenada de sí misma. En esta medida puedo-podemos considerarnos también exiliados."



Porque rechazamos la organización social, política y económica en la cual a pesar de que estamos inmersos, queremos desde nuestras escasas energías, promover vínculos e instancias comunes y colectivas donde podamos encontrarnos no solo al margen de lo meramente partidista sino, fundamentalmente al margen y contra el sistema de valores de esta sociedad.

Pero no aspiramos a transformarnos en un grupo más que tiene su parcela, su visión de todo y para todo, que ha conquistado La Verdad Absoluta. Aspiramos sí, a no encerrarnos en nosotros mismos, a mostrar y si es necesario defender lo que hacemos y lo que instuimos como verdadero. Somos conscientes que nuestro trabajo aquí, abarca solo aspectos de una tarea mas amplia y mas general que es la lucha contra la explotación y dominación del hombre por el hombre.

## La primera nevada del invierno



Tomaste el tren de las ocho y trece, en la estación Jakobsberg. En la noche había caído la primera nevada del invierno. Lentamente, durante horas había crecido una gruesa capa blanca que había nivelado todos los contrastes, cubierto las abolladas latas de cerveza, los papeles, la pertinaz hierba del verano pasado, la carretera, los techos, las balastradas de los balcones, los rellanos de las ventanas; igual que en los dibujos de las historietas, pero sin color, cada saliente, cada superficie estaba decorada con una algodonosa puntilla. Tu tren era el último que corría cada cuarto de hora. Lo tomabas muy seguido, cada vez que tenías que viajar hasta Estocolmo, porque te daba el tiempo justo para llegar hasta la agencia, dejar los dibujos y volver al departamento a la diez de la mañana. Como de costumbre la estación se iba llenando con las caras serias y ensimismadas de siempre. Pero la gente no había aceptado aún esos fríos primerizos, todavía conservaba en la piel la suavidad del eterno y fugaz sol del verano y se había amontonado en la sala de espera, después de los molinetes. Como de costumbre, miraste el reloj de la pared. Habías descubierto que no necesitabas reloj pulsera; por doquier encontrabas los malditos aparatos que denunciaban cuántos minutos tarde ibas a llegar. Tenías tiempo para tu primer cigarrillo del día. Buscaste alguna cara conocida, algún chileno o uruguayo con quien pudieras conversar sin mayores esfuerzos durante el viaje. No viste a nadie. Por lo menos a nadie que te justificara el gasto de la charla. En una segunda etapa trataste de encontrar algún sueco que reuniera las dos condiciones esenciales: que lo conocieras y que fuera lo suficientemente locuaz como para mantener quince minutos de conversación. También esta búsqueda te resultó infructuosa. Te decidiste a fumar apoyado sobre el ventanal de la sala de espera, mientras mirabas un grupo de fornidos rubios que a diez grados bajo cero trabajaban en los últimos arreglos del nuevo andén. Ocho y diez saliste de la sala de espera y trataste de buscar el lugar en la plataforma que te permitiera quedar exactamente al lado de la puerta del tren, cuando éste se detuviera. Todos los días jugabas una apuesta similar. Si hubiese sido punto y banca hubieras perdido una fortuna. La mayoría de las veces, cuando llegaba el tren, quedabas en el medio de dos vagones, lo que según tus cálculos, muy a grosso modo, era el punto más lejano posible de una puerta. Ello te significaba diecisiete minutos de parado, rodeado de portafolios, cochecitos de bebé y adormilados viajeros. Pero tuviste suerte. Las puertas se abrieron delante mismo de tu nariz. Rápidamente subiste al vagón y ocupaste uno de los pocos lugares libres, el espacio del medio en un asiento para tres personas. El tren partió. La cara de solterona prematura de Silvia, la alemana de Brasil, prometía explicarte las enormes dificultades de ser mujer, madre y reina en un mundo de cambios. El aviso aclaraba: Exklusivt samlag med drottningen. La propuesta te sobresaltó un poco. Volviste a leer más cuidadosamente. Exklusivt samlag med drottningen. El orden volvió a imperar. Todo era como tenía que ser. Lentamente te entre-



dormiste. El retazo de conciencia despierta iba contando las estaciones, mientras girones de los sueños de la noche te volvían a asaltar. Eran pedazos de fotos que no podías ordenar. Escenas como congeladas y quebradas, llenas de lógica y miedo, pero sin sentido. Algo extraño en vos hacía que sintieras una especie de placer en recordarlas y un poco voluntariamente tratabas de repetir la ensoñación, aunque el resultado era cada vez diferente, si bien en pequeños detalles. Pero las diferencias te irritaban incomprensiblemente. En tu semivigilia, una mano violenta e invisible arrancaba una a una las exasperantes diapositivas, sólo para que una nueva apareciera en su lugar. Calculaste que estabas llegando. Te despertaste completamente. El tren salía del corto túnel que hay cerca de la estación. Te levantaste. Miraste hacia el asiento para asegurarte que no olvidabas nada y te paraste al lado de la puerta para descender. Por la ventana viste como el andén iba poco a poco frenando, hasta detenerse completamente. Durante un corto pero intenso instante contemplaste las caras impertérritas que al otro lado del vidrio esperaban para entrar. Por fin se abrieron las puertas. Bajaste. Afortunadamente desde la estación Once no tenías necesidad de tomar nada para llegar hasta las oficinas del partido. La multitud te llevó hasta la punta del andén. Decidiste salir por el lado que da a la plaza Miserere. La noche anterior te habías acostado bastante tarde. Habían estado conversando sobre el nuevo gabinete, después de la caída de López Rega. Al recordarlo, te llevaste la mano a la cintura para comprobar por centésima vez el peso y la forma del pequeño revólver que desde hacía unos meses incluía tu vestuario habitual. Se había dado la orden de que todos los que tuvieran alguna tarea de responsabilidad y fueran más o menos conocidos debían llevar un arma. Y vos estabas dentro de esa categoría difusa. Y como cada vez que volvías a tomar conciencia de que estabas armado te asaltó el recuerdo de la peluquería. Había sido un mes atrás. Habías salido de una reunión a eso de las tres de la tarde y decidiste cortarte el pelo. Fuiste a una de las peluquerías del centro. Puede haber sido Basile, en Esmeralda. Afuera hacía frío y vos andabas muy abrigado. Entraste, te sacaste el sobretodo. Miraste a tu alrededor. Las maquilladas manicuras, con sus coquetos uniformes, mostraban las piernas y el escote a sus clientes en mangas de camisa. Todos daban la impresión de estar sentados en una terraza en un hotel del Caribe. Decidiste sacarte el saco. Y en ese momento reparaste que tenías el revólver encima. El haberlo mostrado en un lugar público atestado de gente con un arma en la cintura daba alas a tu apenas reprimido exhibicionismo. Pero las indecibles consecuencias que ello podía acarrear frenaban un tanto tu primer impulso. Pero además hacía calor. Y esta situación no había sido nunca contemplada en las conversaciones que sobre el uso del arma habías tenido en la dirección. Y resolviste hacerle cortar el pelo con el grueso saco de tweed puesto y la camisa empapada en transpiración. Tres veces le tuviste que explicar al peluquero que no, que efectivamente no deseabas sacarte el saco. Sonreíste. Después de la reunión, Carlos te había contado sobre Pamela. Sobre Pamela y él. Sobre Pa-

mela, él y su mujer. Y Carlos tenía miedo. No sólo de que su mujer se enterara. Al fin y al cabo estaba casi seguro que ella lo sabía. Tenía más bien miedo de que Pamela lo atrapara. Lo obligara a decidir. Y él no quería elegir entre las dos. Y vos lo escuchaste sin saber que decirle. Sin entender bien su miedo. Y te explicó durante horas que estaba enamorado de las dos mujeres. Y que su sueño más íntimo era poder vivir con las dos. Y se rieron. Se despidieron a la una de la mañana, cansados y con la boca pastosa de cigarrillos. Cruzaste Pueyrredón hasta la recoba. El pegagoso olor a fritanga te hizo eructar. Algunos pajueranos salían del hotel para cumplir las diligencias que los habían traído hasta Buenos Aires. Dos santiagueños jóvenes estaban baldeando uno de los bares. Con los pantalones arremangados y los zapatos rezumando agua, escurrían un caldo grisáceo y espeso de puchos, servilletas y aserrín. Esquivaste con saltos pequeños los desagradables charcos. En el kiosko de la esquina de Pueyrredón y Rivadavia te detuviste a mirar las tapas de las revistas, hasta que cambiara la luz del semáforo. Cuando levantaste la vista hacia la vereda de enfrente, recordaste que el Gran Jefe te había contado que en uno de esos edificios vivía o había vivido el Astrólogo de los Siete Locos. Que allí ejercía ilegalmente la odontología, su verdadera y prohibida pasión. El Gran Jefe no dejaba de impresionar a todos con su cantidad de anécdotas, que invariablemente incluían personajes hoy famosos con ínfimos sonadores de traspasos, charlatanes y tipos raros. Y como las contaba en el medio de las más serias discusiones, en las circunstancias más graves, los interlocutores quedaban normalmente azorados por la libertad asociativa de Palma, su irónico y a veces cruel sentido del humor. Seguiste caminando por Jujuy y entonces viste los coches de la policía. Cuatro patrulleros obstruían el tráfico en el cruce con Alsina. Cincuenta o sesenta personas se habían reunido en actitud de curiosos. Se movían de un lado al otro sin alejarse del lugar. En la puerta del hotel alojamiento viste a dos presuntas mucamas que miraban hacia la esquina y conversaban entre sí. Nuevamente recordaste que estabas armado. Te metiste en la Perlita para ver si había algún compañero que te contara lo que pasaba. Los mozos te conocían pues allí solías almorzar a menudo. Uno de ellos te indicó que en el fondo del salón estaban tus amigos. Te dirigiste hacia ellos. El restaurant estaba casi vacío. Cuando llegaste a la mesa Roberto te dijo: "Metieron dos bombas en el local. Carlos se había ido a dormir ahí, porque parece que tenía un quilombo en la casa. La explosión lo partió en dos". Inevitablemente pensaste en Pamela y en la mujer de Carlos. La frivolidad de la asociación te avergonzó. Apresurado saliste del bar para ver lo que había quedado. Ya en la calle notaste que nuevamente había comenzado a nevar. Suavemente caían sobre Wasagatan copos enormes y estériles. Te pareció que este año el invierno había empezado más temprano.



Julio Fernández Baraibar nació en la ciudad de Tandil en 1947. Actualmente vive en Estocolmo.

## la palabra

torpe  
vacía pobre  
emerge la palabra

como alimaña o  
como pájaro ciego  
se alimenta en los intersticios de los recuerdos  
 nombra viejos sonidos, ecos  
 máscaras disueltas en transitados exilios

y como sueño re-negado ya  
sin identidad posible  
clínicamente muerto mas insepulto  
todo fragmento oficia su retorno  
y en oleaje impertérrito  
golpea y sangra un presente inabordable

el instante es camino absurdo  
elección insostenible  
trampa matemática  
donde la unidad establece su estadio  
cuando las partes  
irremediabilmente dislocadas  
intentan habitarnos

sola la palabra cómplice  
prostituída y hambrienta  
ejerce y redondea la farsa:  
anuncia  
 nombra  
 pone fin  
 mata.

## Seis versos para una amiga

Confinado en mis galletas, desisto  
De mirar tus ojos mas confabulo  
Guerras en los dientes para sonreír  
Para vencer al triste dictador  
Que desde su escarpado centro quiere  
Unánime el gris, desterrado al deseo.

## Voz de amor

Ya no hay quien te defienda  
nadie que te rescate o te apruebe  
todos los aires que has amado te condenan  
y pájaros huyen  
con la libertad que les han impuesto los poetas

Nadie vendrá por tí y lo sabes  
tu amor es falta que duele hasta en los huesos  
yo mismo sin nombrarte he querido tu muerte

(No siendo útil apestas a foráneo  
Tal vez eres extraterrestre)

*Muérete o posee* es la sentencia  
no hay elección posible  
ni estigma que pueda contenerte

Sin embargo pervives más allá de los silencios  
y de la múltiple y cotidiana muerte.

## Adiós a un compañero

...y si apátridas legales, si  
vagabundos en concierto de muros  
si sobrevivientes que fueran vida  
en labios de amargura  
y también en suelo de alegrías  
si tú y yo en mundos que aún abren espacios  
en los que proseguimos  
por pura terquedad por niñerías  
o porque mares golpean por dentro  
y fuera todavía  
en tanto horror  
y nave aterrada  
habrá, habremos de fundar  
una vez más, cardos de angustia  
espinas  
donde combata la vida,  
pues sangran pertenencias  
cuando me sé vivo en tus ojos  
y quisiera irme en ellos  
o mejor  
que en mí quedaran niños,  
niños que en tu mirar despiertan  
que no quiero, no queramos ser  
humanos, Lomba, sólo por herencia!


## Madame, la luna y otras yerbas diversas \*



### I

Retorno nebulosamente del sueño. Las máquinas siguen ahí, sobre mi cabeza, suspendidas, con sus grandes ojos de vidrio, inmóviles, mirándome. Es probable que mientras yo dormía ellos hayan examinado poro por poro, cuidadosamente, la pierna; estudiando más tarde severa y prolijamente las radiografías, al menos de la existencia de ellas estoy seguro, ya que fueron tomadas un poco antes de que: enfermera jeringa en mano se acercara diciéndome algo que yo intuí como: "tranquilo muchacho estás muy excitado con esto vas a descansar", zas, otra vez a la zona del sueño blanco, del cual después no hay memoria. Entiendo que mi excitación se debió a que la máquina de rayos X sólo fotografió mi cerebro, no la pierna, que era lo que yo ingenuamente suponía ellos iban a hacer. Ahora ellos están alineados en círculo en el centro de la habitación, misteriosamente intercambian en sordina algunas, que yo imagino serán: las conclusiones definitivas. Creo que es ridículo que hagan todo ese aparatoso teatro de conciliábulo, cuando saben perfectamente que yo desconozco el idioma que ellos hablan, por lo tanto mal podría yo enterarme de algo, bueno, de algo que tal vez yo no haya intuido o fantaseado con respecto a la piernita. Parecerá curioso, pero es así. Además, por un lado, cualquier cosa que vaya teniendo que ver con la piernita en cuestión me está importando poco, lo anduve intuyendo en las pesadillas recientes, sobre todo en aquella cuando un tú (vagamente yo) se encuentra ubicado en esa zona confusa tierra de nadie o nada, y al frente un Mar que lentamente se comienza a replegar, abandonando la playa, dejando atrás de sí un fondo de arena húmeda y sucia, emergiendo en el horizonte baldío un barco gigantezco pintado con colores vivos, igual a esos de juguete, con la salvedad que este es gigante, y es simultáneo a la aparición del barco que a partir de la arena se van estructurando formas humanas, pero que en verdad son monstruos de arena que comienzan a avanzar hacia ti, después todo es vagamente oscuro. Sin embargo no niego que le tenga cariño a la pierna, quién no?, pero me consume la leve corazonada que en la última velada en lo de Madame, anterior a esta cama y habitación, la piernita habría exhalado su suspiro definitivo, incluso con extremaunción y todo, llevada a cabo solícita y rotundamente por los amigos de Madame. Extremaunción que habría sido como quien dice la gota que rebalza el vaso explotando la pataleta ya absolutamente insostenible, apareciendo entonces ahí por primera vez enfermera jeringa en mano susurrando con cara piadosa las

\*Fragmento de novela en preparación

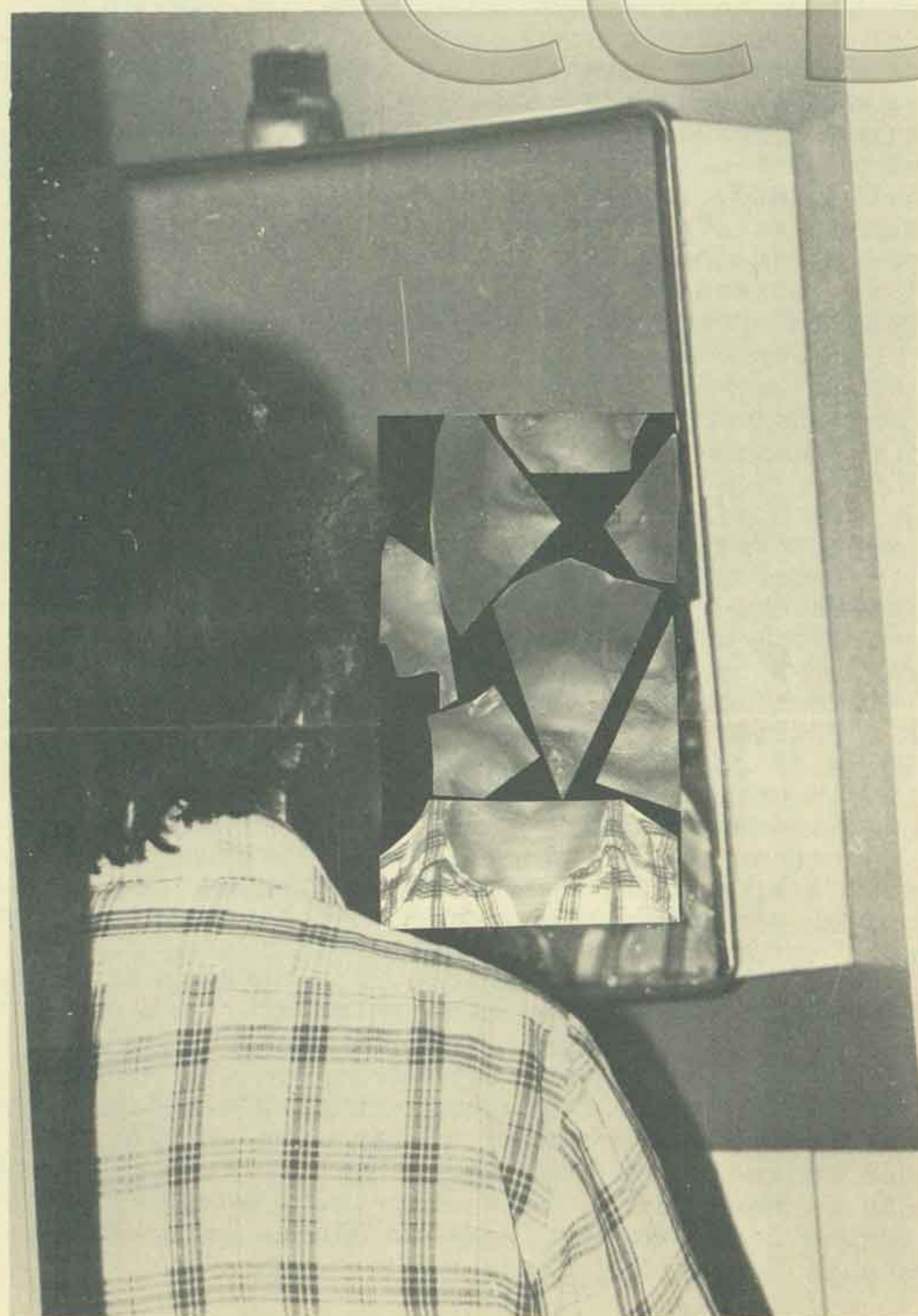
palabras indescifrables. Después fue despertar en esta cama, habitación de paredes blancas y sin ventanas visibles, que supongo será un hospital, aunque no sería nada extraño (las inevitables sorpresas) que esta habitación sea una de las tantas de la Casa de Madame, y que el grupito reunido ahí al centro de la habitación no sean otros que los mismísimos amigos de ella, investidos ellos ahora de doctores y especialistas. Porque así es Madame, hay que ir conociéndola para ir descubriéndola. Madame anida en lo más profundo de su ser una necesidad vampírica de metamorfosear y camuflar los objetos y el paisaje, se autoalimenta golosamente con la confusión de las grandes masas de desprevenidos e ingenuos que permanecen invariablemente en sus limbos grises, aunque también a veces suele ser coqueta y alzar su largo vestido negro dejando ver los espejos multicolores que cuelgan de sus muslos flácidos, un poco más arriba de sus canillas peludas. Pareciera que el conciliábulo ha concluido, ya que uno de los del grupo se acerca hasta la enfermera que me cuida soplandole algo al oído, y yo trato entonces de reconocer en él a alguien, o a uno de los amigos de Madame, pero es imposible, parte de su rostro está cubierto por una mascarilla blanca. Después todos los del grupo abandonan la habitación. La enfermera me está mirando con ojos circunstanciosos a la vez que mueve uno de sus brazos indicando claramente que algo va a ser cortado. Por supuesto que yo pienso de inmediato en la pierna, y por si acaso, "no capito", le digo, "no capito naka la pirisnaka". "No capito?", pregunta ella. "No, naka", insisto. Entonces ahí sí que capito, ahí sí que pirisnaka, cuando ella repitiendo el gesto de que algo va a ser cortado señala inequívocamente la cabeza. Me da la impresión de una mueca en mis labios y que vuelvo a repetir que no capito naka, pero ella ya está en el sífonico solicitando, lo adivino, la presencia del imponderable traductor. Después ella extrae de uno de sus bolsillos los imprescindibles instrumentos de guerra: peineta, tubo-rouge color carmesí, polvera metálica con espejito redondo y almohadilla rosada, y va siendo un toque ahí, otro allá y acá, controlando con gestos profesionales el carmesí de los labios, que a mi me crece la necesidad imperiosa de cantarle, bajito: "Flaca, tres cuartos de cogote, una percha en el escote bajo la nuez", y voy repitiendo alzando la voz: "Flaca, tres cuartos de cogote, una percha en el escote bajo la nuez", y sigo con el versito y alzando la voz, ella enviándome a través del espejito redondo miradas temerosas, vigilantes, y yo, "Flaca, tres cuartos de cogote, una percha en el escote bajo la nuez". Ella se apresura en concluir con el maquillaje, y yo también el canto, coincidiendo, yo, terminación "la nuez", ella con el sonido que producen los instrumentos depositados violentamente en uno de sus bolsillos. Irrumpe entonces en la escena el imponderable, quien se introduce cautelosamente, por si las moscas, todo él vestido de blanco, "almidonado y compuesto", como versa el poema, con unos ínfimos pantalones cubriéndole apenas media canilla. Trato de mantener el dominio de la situación. Sospecho a la enfermera ejecutando por ahí en un rincón movimientos clandestinos, y ella, como adivinándome, se ubica en un primer plano con unas manos misteriosamente atrás a la altura justo del trasero. El rostro refleja líneas de situación difícil, y espero, espero a que el impone se acerque a la enfermera para oír y retransmitir el comunicado oficial del corte, que hebra a mi voz de contralto tronando por toda la habitación: "Vade retro!", grito, "Vade retro!" repito, y es cuando intento alzar una de mis manos que recién hay conciencia de las correas que aprisionan mis brazos y mis piernas. Una vez más todo vuelve a ser confuso. Una vez más es enfermera que avanza hacia mí jeringa en mano. 

## Retrato de Época

Apunto con mis ojos el añil y escupo  
los azulejos como quien escupe el cielo.  
Me acerco porque quiero ver  
si por mi boca salieron maravillas,  
una delegación de sabios microbianos  
o el detrito de las más antiguas penas.  
Me acerco porque quiero ver y veo  
los cuajos de esa cara que tuve  
múltiple y distinta  
hirviendo y reventando en cada globito de saliva  
que resbala, que se escurre alejado entre las grietas.

Antes de que sea tarde ven, acércate,  
tal vez puedas rehacerme intacto en tus pupilas.  
Y porque quieres ver, vienes, te acercas y miras  
la imagen de tu rostro triturada en la baba  
y cada pedacito se separa y se presenta como tú  
y cada pedacito puede llegar a los congelamientos  
o a esfumarse entre vapores  
o a morir de vergüenza acunado entre hendiduras.

Vamos, dices, es hora de correr a buscar los fragmentos,  
de recomponernos.  
Tal vez queden huecos insalvables.  
No seremos los mismos de seguro.



## Anuncio

Aquí estoy,  
hasta la insolencia me han parcelado.  
Yerto en cada aspirar de la mañana, aquí  
desnudo como al parche de un tambor  
ácidos golpes  
me arrancan los más claros aullidos.  
Quién puede callarme entonces esta primera nota?  
Quién quiere rajarse el cuello con el arco de un violín?

## Paraje

Me da por virar las alforjas.  
Entra a sus costuras el ojo envejeciendo,  
el tacto retoma polvaredas, minúsculas migas,  
pelambres de boletos aguardan nuevos viajes.  
No tiene andén el tiempo.

Soplo, espanto esquiras que cubren el paso  
hacia el páramo de la memoria:  
Aparecen los temores como lanceros desbocados  
o como lentas nubes que se desplazan por el cielo de un  
barranco.

Amanezco con el traje de cartón en mi primer cumpleaños,  
el gallinero inundado, los pollos entumidos le pían a la  
muerte,  
se atraviesan columpios y también circos que llegan una vez  
al año.

Hay manos tiernas y ternuras de mayores y abuelos.  
Hay la alegría de ver caer los soldados en el palitroque.

Miro la región despoblada agradezco esos rebrotes.  
Lo demás se irá agregando al contrarritmo de oleajes.  
Lo demás se oirá como quien arrastra muertos bajo la  
lluvia.

Lo demás hollará como carro de guerra.  
Porque la infancia es la estación donde descenden  
pescadores  
que solo pueden hallar pozas donde abreven baguales.  
Entonces, caen domas y redomas que no siempre  
pueden...

Sergio Infante nació en la ciudad de Santiago en 1947.  
Actualmente vive en Estocolmo.

## Palabras antes de una lectura\*

Siempre he rechazado cualquier tentación de comentar mis versos o de explicar lo que con ellos he pretendido. ¿Por qué lo hago ahora? Quizá porque crea cómo la deficiencia mía pudo no expresar en ellos cuanto yo pretendía o porque crea que la deficiencia de otros puede no ver en ellos cuanto yo he puesto; aunque respecto al caso primero, como sé que bien pocos poetas llegaron a expresar enteramente cuanto pretendía expresar, me consuelo, en lo posible, recordando que acaso sea bastante el expresar algunas experiencias fragmentarias que nos permitan suponer el pensamiento completo del poeta.

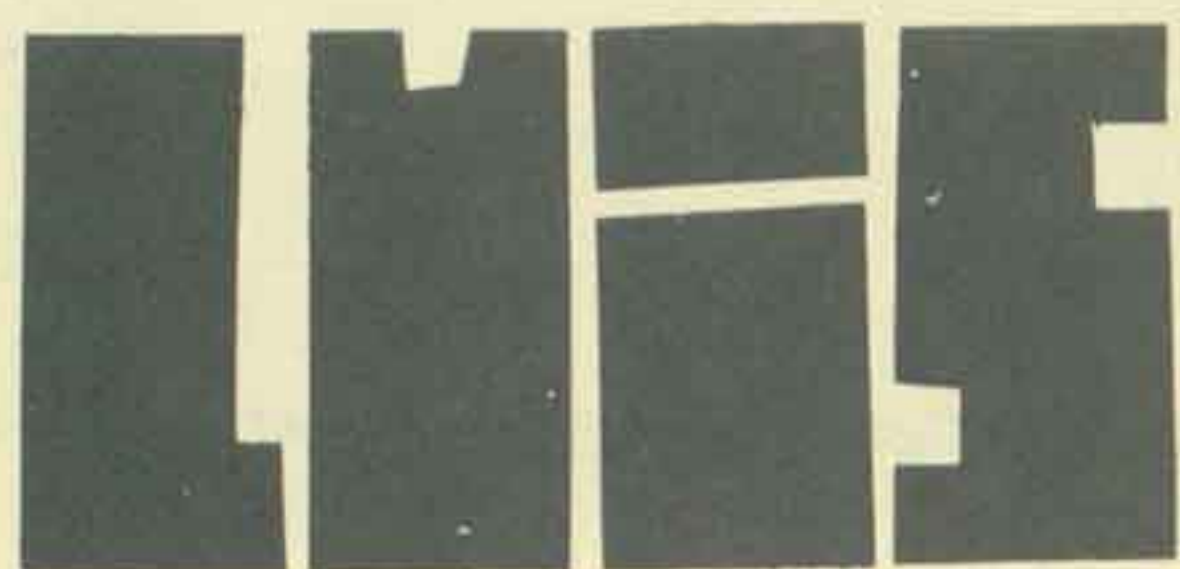
\* \* \*

Y se me dirá: ¿cuál es el propósito del poeta? Permítaseme que refiera ahora la poesía a mi experiencia personal, lo cual supone no poca presunción, aunque el poeta, si es que se me puede llamar así, tiene fatalmente que referir a su propia persona las experiencias poéticas que con sus medios limitados percibe; y al fin y al cabo, acaso las experiencias del poeta, por singulares que parezcan, no lo sean tanto que no puedan encontrar eco, en sus líneas generales, a través de diferentes existencias.

El instinto poético se despertó en mí gracias a la percepción más aguda de la realidad, experimentando, con un eco más hondo, la hermosura y la atracción del mundo circundante. Su efecto era, como en cierto modo ocurre con el deseo que provoca el amor, la exigencia, dolorosa a fuerza de intensidad, de salir de mí mismo, anegándome en aquel vasto cuerpo de la creación. Y lo que hacía aún más agónico aquel deseo era el reconocimiento tácito de su imposible satisfacción.

A partir de entonces comencé a distinguir una corriente simultánea y opuesta dentro de mí: hacia la realidad y contra la realidad, de atracción y de hostilidad hacia lo real. El deseo me llevaba hacia la realidad que se ofrecía ante mis ojos como si sólo con su posesión pudiera alcanzar certeza de mi propia vida. Mas como esa posesión jamás la he alcanzado sino de modo precario, de ahí la corriente contraria, de hostilidad ante el irónico atractivo de la realidad. Puesto que, según parece, ésa o parecida ha sido también la experiencia de algunos filósofos y poetas que admiro, con ellos concluyo que la realidad exterior es un espejismo y lo único cierto mi propio deseo de poseerla. Así, pues, la esencia del problema poético, a mi entender, la constituye el conflicto entre realidad y deseo, entre apariencia y verdad, permitiéndonos alcanzar alguna vislumbre de la imagen completa del mundo que ignoramos, de la «idea divina del mundo que yace al fondo de la apariencia», según la frase de Fichte.

Contando con esa experiencia preliminar en torno a lo que yo estimo como móvil de la actividad poética, al menos de la mía, podemos preguntarnos ahora: dicho conflicto entre apariencia y verdad, que el poeta pretende resolver en su obra, ¿qué fases y qué posibilidades ofrece a través de la vida del poeta?



# CERNUNDA

Acaso la poesía, al menos cierto aspecto de la poesía, requiera un estado de espíritu juvenil, y hasta no es raro que el poder de la juventud lo prolongue la poesía en el poeta más allá del tiempo asignado para aquélla. La juventud supone capacidad para enamorar y para enamorarse, y aunque el poeta pierda con el tiempo, como cualquier otro mortal, la capacidad de enamorar, es difícil que pierda también la de enamorarse. Esa raíz estética es la que le permite, aun en las peores horas, cuando todo parece confabularse contra él, que siempre le quede, cuando menos, la embriaguez dramática de la derrota. Tal aceptación indistinta del bien y el mal, del fracaso y la derrota, ha de parecer a algunos cosa peligrosa. Se me dirá que supone una actitud fatalista, y que el fatalismo es actitud bien cómoda.

Pero ese fatalismo tiene causas hondas. ¿Qué puede el poeta por sí? Nunca como ahora la sociedad ha reducido la vida a tan estrechos límites. Y ciertamente el poeta es casi siempre un revolucionario, yo por lo menos así lo creo; un revolucionario que como los otros hombres carece de libertad, pero que a diferencia de éstos no puede aceptar esa privación y choca innumerables veces contra los muros de su prisión. La mayoría de las gentes produce hoy la impresión de cuerpos amputados, de troncos podados cruelmente.

Como a casi todo puede dársele doble interpretación, alguno recordará ahí que limitarse es necesario, y supone madurez. No soy de los últimos en reconocer el valor de la limitación, o de la resignación, para dar a esa virtud su verdadero nombre cristiano. Mas esto no es obstáculo para que al contemplar la vida me parezca asistir a una desagradable comedia policiaca, y si otras sociedades estimaron al artista o al filósofo, ésta de hoy adora al polizonte. Reconozco por tanto que para mí las posibilidades materiales inmediatas de la actividad poética parecen negativas.

\* \* \*

Mas no sólo lucha el poeta con su ambiente social, sino que asiste a otra lucha igualmente dramática, quizá más dramática aún, pero las fuerzas con quienes en este caso lucha son invisibles. El poeta intenta fijar el espectáculo transitorio que percibe. Cada día, cada minuto le asalta el afán de detener el curso de la vida, tan pleno a veces que merecería ser eterno. De esta lucha, precisamente, surge la obra del poeta, y aunque el impulso de que brota nos parezca claro, en él hay mucho de misterioso. Lo más sencillo, lo más claro de este mundo tiene una raíz incógnita.

\* \* \*

Las palabras están vivas, y por lo tanto traicionan; lo que expresan hoy como verdadero y puro, mañana es falso y está muerto. Hay que usarlas contando con su limitación, y procurar que no falseen demasiado, al traducirla, esa verdad intuida que a través de ellas intentamos expresar. Al menos, una parte de aquélla acaso puedan recibirla, y quedar impregnadas del significado que sólo al poeta le es dado insinuar: el misterio de la creación, la hermosura oculta del mundo.

\*Fragmento tomado de su libro *Poesía y Literatura I y II*, Editorial Seix Barral, Barcelona.





**Ricardo González** nació en la ciudad de Mar del Plata en 1952.  
Actualmente vive en Estocolmo.